

A RICARDO POCHTAR

El autor del presente libro constituye un ejemplo de quienes fueron desplazados por el veto y las botas. Si bien hubo otros tantos casos similares —y cada uno con su sino propio—, el suyo ha sido como una suerte de apartamiento “voluntario”.

Habiendo blandido sus primeras armas filosóficas en la Universidad de Buenos Aires, Ricardo Pochtar se distinguió tempranamente en la crítica a grandes figuras del pensamiento contemporáneo. Tales avances le abrieron el camino para obtener una beca de posgrado para estudiar en Francia con relevantes maestros disciplinares.

Justo cuando se hallaba abocado a esa tarea de perfeccionamiento académico, lo sorprende un curioso ultimátum por parte de la dictadura cívico-militar que se entronizó en la Argentina: se le suspendía la beca y debía interrumpir sus investigaciones sobre filosofía del lenguaje por tratarse de una materia obsoleta y por haberse convertido Francia misma en epicentro de la subversión mundial...

Ante ese panorama desolador, de eclipse cultural, Pochtar resuelve continuar por su cuenta en Europa, abandona el mundillo académico y obtiene una posición estable como traductor de las N.U. Asimismo se destaca traduciendo las obras más encumbradas de un Umberto Eco: *El nombre de la rosa* y *El Péndulo de Foucault*, haciendo otro tanto con *El gatopardo* de Lampedusa.

Sea como sean las cosas del bandoneón, Ricardo se dedica también a cultivar la vena poética, completando un círculo que lo ha llevado de un ciclo salvajemente interrumpido como indagador y discrepante a otro en el cual desarrolla sus alas creativas.

Más allá de dotes y auténticos deslindes personales, al poemario que nos ocupa se le puede extraer, sin excesivo *tour de forcé*, un acento autobiográfico sublimador.

Por un lado, el libro se mueve con soltura entre el vacío y el poder arrollador de la nocturnidad, recorrida por pajarracos anfibios disecados. Todo aparece como hundido estrepitosamente entre ausencias, olvidos y equívocos; mientras al vocero del escritor lo magnetiza el silencio y “su música espectral”.

En vez de concelebrar o al menos saludar la plenitud, el miraje apunta hacia los rincones de la nada ante la inconmensurable multiplicidad de lo real y el agotamiento de las ideas. No, no encaja aquí el verso del Aquilano donde “per tal variar natura é bella”. Estaríamos así frente a una opacidad óptica absoluta y a un estilo de vida en el cual los dados están siempre cargados.

Pese a tanto desamparo, podemos vislumbrar, por un lado, ciertos intersticios oxigenantes, próximos a la palabrera humorística macedoniana: por más que se haya anunciado el eclipse de las metáforas, le salió al cruce “una paradoja en plena calle; por otro, alcanza a brotar una sed de existencia y un “soplo de futuro”, con eclosión del amor y blancas flores junto a una lucecita pionera que aún respira entre sombras y faros que no terminan de desangrarse.

Allende las diferencias situacionales, cabe evocar el escapismo frente a la desdicha y la desesperanza que, como transterrado, había tenido Rafael Alberti medio siglo atrás ante sus colegas uruguayos:

*Sufrí la furia de la tierra, el fuerte
encontronazo de la mar impía;
lloré el aire que ya ni aire tenía,
sobre los hombros de la llama inerte.
Consideré mi sangre mar sin suerte;
tierra mis huesos, funeral y fría;
llama sin piel mi carne, y agonía
el aire, ya finado, de mi muerte.
Sin más considerar por no haber nada
Dentro y fuera de mí que ya no fuera
pasado muerto, porvenir helado,
eché a andar por mi vida terminada,
difuntos ya el huir y la carrera...
Mas me encontré de pronto a vuestro lado.*

Hugo Biagini